

Conferencia de apertura.

Espacio banal y diversidad: más allá de las demandas del príncipe

María Laura Silveira¹

1. Introducción



El título del congreso –“La Geografía ante la diversidad socio-espacial contemporánea”– nos propone mirar el mundo actual como una totalidad plural, como una totalidad en movimiento, como una pluralidad cambiante. Unicidad y diversidad caracterizan el mundo en el cual vivimos y que, en nuestra disciplina, podemos denominar espacio geográfico. Objeto de la Geografía, el espacio resulta de una construcción epistemológica, realizada históricamente y necesariamente renovada a partir de los materiales que constituyen el presente.

De ese modo, el espacio geográfico es, al mismo tiempo, una categoría y una realidad ontológica. Sinónimo de espacio banal, puede ser considerado como un conjunto de virtualidades materiales e inmateriales, de valor desigual, en reconstrucción incesante por la disputa permanente entre actores de fuerza disímil. Nunca antes el espacio geográfico tuvo tal grado de artificialidad y, por eso, el poder de un puñado de agentes resulta hoy incomparable al del resto de la sociedad. Nunca antes el espacio geográfico

1 Doctora en Geografía por la Universidade de São Paulo. Investigadora Independiente de Conicet en el Instituto de Geografía de la Universidad de Buenos Aires. Profesora en la Universidade de São Paulo.

reveló tanta diversidad, invitando a multiplicar los análisis específicos con el riesgo de olvidar los contextos.

Cuando una disciplina se propone como punto de partida lo que es un resultado y desiste de entender los procesos pierde su valor explicativo, pues dejarlos de lado es desentenderse de la actualidad. Las cosas y las relaciones están siempre transformándose ya que, como señala Sartre (1979), las cosas son presentificadas por la acción. De ese modo, en el momento en que la Geografía se satisface al describir resultados, formas, tamaños, límites, queda reducida inexorablemente a un papel secundario o subalterno (Silveira, 2006). No es suficiente percibir la diversidad, es necesario actualizar las categorías y los recortes para comprender los nuevos elementos y procesos, capaces de producir nuevas diversidades.

De allí que ciertas preguntas vuelvan a adquirir actualidad. ¿Cómo comprender la totalidad sin homogeneizar? ¿Cómo entender las singularidades sin incurrir en una interpretación fragmentaria? ¿Qué conceptos nos permitirían ir de lo universal a lo singular y de lo singular a lo universal en un movimiento incesante y significativo? ¿Cómo podemos alcanzar una Geografía, al mismo tiempo, teórica y comprometida, útil e independiente?

Por ello, la pregunta fundamental es la pregunta por el método, lo que nos permitiría decir, con Gabriel Tarde (1895: 17), que estamos empeñados en buscar la *“llave que abre casi todas las cerraduras...”*.

No pretendemos aquí responder todas esas preguntas, ni podríamos hacerlo pues no se trata de una reflexión individual sino de un trabajo colectivo. Buscamos sólo proponer algunas ideas para un debate posible.

2. Espacio banal: algunas consideraciones

La idea de espacio banal ha sido propuesta por François Perroux (1961) para hacer un contrapunto con su propia noción de espacio de flujos. Tomándola del economista francés, Milton Santos (1996: 225) la redefine como el *“espacio de todas las personas, de todas las empresas y de todas las instituciones, pasible de ser entendido como un sistema de objetos animado por un sistema de acciones”*.

Por lo tanto, el espacio banal es el espacio de todos los agentes y no únicamente de las empresas o sólo de los pobres. Es el espacio de todos,

independientemente de su fuerza diferente (Santos, 1996), a pesar de su fuerza desigual. En su constitución participan todas las técnicas, capitales, organizaciones, de modo que se trata de todo el espacio, de todos sus elementos y manifestaciones y no sólo del espacio económico, turístico o agrícola. Son todas las instancias imbricadas entre sí: la economía, la política, la cultura. De allí que sean los lugares y las regiones por entero, teniendo en cuenta la pluralidad de divisiones territoriales del trabajo.

El espacio banal reúne, al mismo tiempo, materialidad y vida social. Una siendo condición de la otra. La materialidad es, al mismo tiempo, un límite y una invitación a la acción, en cuanto la vida social, que no se hace sin acción recíproca organizada o espontánea, parte de la materialidad existente y la modifica. Esa relación intrínseca y dialéctica constituye el fenómeno técnico (Ellul, 1968; Santos, 1996), cuya importancia epistemológica nos parece fundamental para elaborar una noción de espacio banal y, probablemente, un camino posible para eliminar la ambigüedad del estatuto epistemológico de la Geografía.

En ese sentido es aconsejable evitar los polos de la epistemología moderna, reemplazando los dualismos hombre-medio, hombre-naturaleza, físico-humano, portadores de escisiones absolutas, tan persistentes y recurrentes en la Geografía, por híbridos a ser analizados por pares dialécticos. Es esencial entender la contradicción subyacente a las cosas, indagando también sobre las ausencias que ayudan a entender su constitución.

De allí que, en tiempos de predominio de redes, tal vez sea necesario insistir en que el espacio banal no se reduce a ellas, sino que es sobre todo el espacio de la contigüidad física. Ámbito de la co-presencia (Giddens, 1987), la contigüidad revela la superposición de divisiones del trabajo.

En momentos de indiscutible dominio de paradigmas economicistas, quizás sea fundamental subrayar que el espacio banal es el espacio de la totalidad de las relaciones y no sólo las relaciones económicas (Santos, 1996: 255). Su constitución resulta de interdependencias en la contigüidad física, es decir, de la condición de vecindad (Sartre, 1979), que forja identidades y lazos culturales en los intercambios, al sabor de razones plurales. De allí la necesidad de un enfoque existencial. La división del trabajo es más que un concepto económico, sino que conjuga todos esos factores y, por eso, es territorial.

Sin embargo, no parece ocioso continuar preguntándose: ¿por qué es uno el espacio banal? Y una posible respuesta no puede dejar de mencionar

las conexiones que nuestro periodo ve multiplicar rehaciendo la totalidad. Al mismo tiempo, ¿por qué es diverso el espacio banal? Porque el mayor número de eventos multiplica las manifestaciones y las combinaciones de contenidos. Hoy renuevan su actualidad las palabras de Camille Vallaux (1914), cuando escribía que la diferenciación del espacio se da por los contenidos que lo definen o, en otras palabras, por el valor del conjunto físico más el valor de los hombres. Años más tarde Gottmann (1975) reforzaba la idea de que los contenidos naturales y políticos hacen el cuerpo político que es el territorio, siendo esos contenidos dados por la división territorial del trabajo.

De ese modo, la Geografía actual se vuelve más concreta pues la unicidad del planeta, que escapaba a la aprehensión empírica y aparecía sólo como una categoría filosófica, hoy es real y puede ser un concepto geográfico. Esa unicidad resulta de la mundialización del fenómeno técnico que, a su vez, permite la cognoscibilidad del planeta. Y, en una verdadera paradoja, las fracciones del espacio, que correspondían a lo más concreto del pensamiento geográfico, se vuelven abstractas si permanecen como meros recortes, amputados de un enfoque relacional.

Las fuerzas de la globalización producen una extensión planetaria. Hoy ecúmeno y planeta se funden, se confunden y muestran su infinita diversidad. Si el fenómeno técnico alcanza, como existencia o como tendencia, todas las porciones del globo, ¿cómo es posible que esas porciones sean cada vez más diversas? Es que el planeta se explica por la coexistencia de objetos y acciones de las lógicas hegemónicas y de las que no lo son, revelando finalidades distintas. Por eso la vida de relaciones en los lugares transcurre en cooperación y conflicto, ya que esa es la base de la vida en común. Los lugares abrigan el cotidiano compartido por las más diversas personas, firmas e instituciones, que utilizan diversamente los materiales del espacio en común.

3. Enrejado de divisiones territoriales del trabajo

Motor de la vida social y de la diferenciación espacial (Santos, 1996), la división del trabajo ha sido una categoría largamente debatida en la historia de las ideas. En su ya célebre *Riqueza de las Naciones* publicado en 1776,

Adam Smith proponía la noción de división del trabajo como un principio de diferenciación de actividades, que sólo tenía lugar si el intercambio era voluminoso y se utilizaba moneda. En el pasaje del siglo XVIII al siglo XIX, David Ricardo defendía la teoría de la ventaja comparativa, de modo que cada nación debía especializarse en lo que era relativamente más eficiente en comparación con los demás países, consolidando una división del trabajo. Ya a mediados del siglo XIX, Marx y Engels (1984) explicaban, en *La ideología alemana*, que el aumento de población era acompañado de un aumento de la división del trabajo, con el respectivo desarrollo de las fuerzas productivas y del intercambio de una nación con otras o dentro de una nación, con la separación entre trabajo industrial y comercial y trabajo agrícola y entre ciudad y campo. Todo esto origina, completan los autores (Marx y Engels, 1984), marcadas contradicciones de intereses.

Cada momento histórico se caracteriza por una determinada repartición del trabajo entre personas y lugares que, entretanto, está lejos de ser monolítica. Técnicas, acciones, valores, ideas y órdenes forman una totalidad diversa en cada período, que obra como condicionante para la constitución de una nueva división territorial del trabajo. Es el movimiento de la totalidad, en el cual se producen permanencias, rupturas y novedades. En esa superposición conflictiva, la división territorial del trabajo más visible es la hegemónica porque se construye con las variables que determinan el movimiento de las demás. Antes de la globalización fue el caso de la gran industria. Hoy la división territorial del trabajo hegemónica es realizada por un complejo de variables-clave constituido por tecnociencia, información y finanzas, cuyo comando pertenece a un grupo de agentes globales. El resultado es un nuevo medio geográfico, el medio técnico-científico-informacional, cuya extensión alcanza los confines del planeta, pues esas variables presentan la doble condición de ser determinantes y dominantes (Santos, 1996). Determinantes porque gobiernan el movimiento de la historia y dominantes porque se expanden por el planeta como no lo habían hecho las variables determinantes de periodos anteriores.

Indisolubles, técnica y ciencia constituyen el centro de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción de la época actual. A mediados del siglo XX, el geógrafo Max. Sorre (1950: 614) preanunciaba que la ciencia nos había armado de un verdadero poder creador, al mismo tiempo que había puesto a nuestra disposición mecanismos siempre eficaces, mientras que el

filósofo Jacques Ellul (1968: 5-6) señalaba la frontera desdibujada entre trabajo técnico y trabajo científico. Algunos años más tarde, Richta (1974: 38) podía escribir: “*la ciencia va impregnando el conjunto del proceso de producción, haciéndose progresivamente la fuerza productiva central de la sociedad y prácticamente el ‘factor decisivo’ del desarrollo de las fuerzas productivas*”.

Mediación concreta y material entre ciencia y vida cotidiana, la tecnología, explica Ladrière (1977), es la faz visible de la ciencia. Ésta no es más un método puro de conocimiento sino un sistema de acción que provoca transformaciones tecnológicas y políticas. Y ese sistema de acción adquiere hoy tal extensión que, en opinión de Bruno Latour (2008: 15), la ciencia hace coincidir sus límites con los del resto de los intercambios sociales. Es la “santa alianza” entre técnica, ciencia y mercado, a que se refiere, no sin ironía, Zaoual (2006: 63). Se trata de una tecnoesfera (Santos, 1996), una tecno-naturaleza (Cohen y Tarnero, 1994) o un tecnocosmos (Prades, 1992).

En realidad, el problema tecnológico se impone a los demás o, en otras palabras, el principio básico de la acción es el de obtener el efecto deseado con la máxima eficacia. Nada más apropiado entonces que la automatización porque evita la indeterminación propia de la decisión humana. Como enseña Jacques Ellul (1968), el automatismo significa que no hay más posibilidad de elección entre dos métodos técnicos, pues uno de ellos se impone fatalmente ya que sus resultados se contabilizan y se miden, siendo así indiscutibles. Richard Sennet (2009) ilustra esa dimensión con las máquinas inteligentes que, gracias a la microelectrónica, pueden sustituir los *white-collar* en diagnósticos médicos o en servicios financieros. Estamos rodeados, advierte ese autor (Sennet, 2009), de herramientas-espejo que nos imitan, como el marcapasos, o que nos amplían, como la memoria del *iPod*. Todos esos nuevos objetos se acompañan de nuevos lenguajes o, como ya alertaba Lyotard (1990) a finales de la década de 1970, de “prótesis de pensamiento”, constituidas por nuevos lenguajes en las operaciones de memoria, consulta, cálculo, gramática, retórica y raciocinio. No podemos olvidar que, para recrear su naturaleza determinante, la variable información debe librar una batalla cotidiana contra su naturaleza precedera y contra los límites de la memoria de los objetos más triviales. Las exigencias de ampliación de memoria y de actualización de información no paran de aumentar. Son manifestaciones de

un ejercicio de encuadramiento, de la imposición del cálculo y de la razón técnica, en definitiva, de una racionalización extrema.

Imbuidas de automatismos, las técnicas de la información constituyen la nueva base material y operacional y son las que crean el verdadero sistemismo, pues comunican las técnicas entre sí. Es la convergencia entre cibernética, informática y electrónica que posibilita la simultaneidad en la transmisión de textos, imágenes y sonidos. Frecuentemente denominada revolución informática, esa transformación técnica aseguró la movilidad de personas, mercaderías, datos y energía en nuevas escalas y densidades, no sin rígidos controles, mediciones y previsiones desde pocos puntos del territorio.

Sin embargo, esa no es la única novedad de nuestro periodo. Los objetos técnicos contribuyen hoy para producir acciones tecnificadas, revelando la intrínseca relación, conexión o indisolubilidad entre técnica y estructura de la acción que se refuerza gracias al cálculo que busca presidir todas las dinámicas. Marcuse (citado por Habermas, 1994) nos ayuda a comprender esa condición de híbrido cuando se refiere a la técnica como una dominación metódica, científica, calculada y calculante sobre la naturaleza y el hombre. En la perspectiva de Giddens (1987), se crean normas racionales-legales, pues se trata de formas que se vuelven rutinas y, de ese modo, especifican procedimientos y hacen posible el cálculo económico exacto.

Es una verdadera racionalización del espacio geográfico, que vuelve eficaces los lugares para abrigar la racionalidad instrumental. En esos puntos del territorio la división del trabajo hegemónica puede instalarse de forma más pura. No obstante, podríamos parafrasear a Max Weber (1958: 194) cuando se refiere a las cosas, diciendo que ningún lugar es irracional en sí mismo, sino sólo desde un punto de vista racional particular.

En consecuencia, el territorio nacional –un espacio banal– es un enrejado entre la división del trabajo de las grandes empresas y las divisiones del trabajo de un enorme conjunto de firmas. En virtud de sus altos grados de capital, tecnología y organización, las grandes empresas diseñan amplias topologías en el territorio, utilizando el espacio de un país como un “recurso”, tal como propuesto por Gottmann (1975). Poco importa que su cuna sea nacional si su lógica es profundamente internacional, dictada por reglas de competitividad que se refieren más al producto global que a la dinámica del lugar. Esas firmas son, al mismo tiempo, productoras y usuarias de tecnocien-

cia, de la información que necesitan para si y para convencer a los otros de su necesaria superioridad, pero también de los mecanismos financieros que les permiten alcanzar su condición global y hegemónica. Sus relaciones con los lugares son funcionales, demandando aquello que necesitan, extorsionando cuando las condiciones se vuelven insuficientes o partiendo cuando carecen de perspectivas satisfactorias. Sus movedizas ecuaciones de lucro alteran significativamente y rápidamente la macroeconomía de la nación.

Aunque menos visible en ciertos enfoques y contabilidades, existe un conjunto de agentes que trabajan con bajos grados de tecnología, capital y organización, y sus acciones no superan las fronteras nacionales, las regiones o inclusive la ciudad o el barrio. Desarrollan otras divisiones territoriales del trabajo, utilizando técnicas pretéritas o imprimiendo otros usos a las técnicas contemporáneas. Lejos de ser excluidos, algunos actores operan en ciertos lugares y sectores que, por no interesar a la división del trabajo hegemónica, se vuelven una arena para su labor. Éstos pueden ser vistos como hegemónizados, ya que se rigen por los parámetros de la racionalidad contemporánea, pero otros son no hegemónicos porque, a pesar de su dependencia, no se benefician en absoluto de esa lógica. Tal vez una pregunta necesaria en este tiempo sea ¿cuál es el papel de las Universidades en ese enrejado de divisiones del trabajo y de formas de cooperación?

De esa manera, el espacio banal está hoy atravesado por un principio de organización que busca producir acciones dichas eficaces al servicio de los agentes hegemónicos. De allí que las grandes empresas construyen un orden para si y un desorden para el resto de la sociedad (Santos, 2000). Así, el espacio banal acumula áreas opacas y regresiones bajo la promesa de que el espacio de redes permitirá el crecimiento y, de ese modo, disminuirá la pobreza y el subdesarrollo, aún más cuando, como explica Hamilton (2006: 24), los partidos políticos “*se han convertido en cautivos de la contabilidad nacional*”, aceptando “*sin discusión que el objetivo primordial del gobierno debe ser el crecimiento económico*”. La orientación del crecimiento está dada frecuentemente por la actual teoría del comercio internacional que, de inspiración ricardiana, propone la integración a partir de las ventajas comparativas y de las demandas del mercado externo. En su crítica acerba, Reinert (2007: 15, 26) explica que, poniendo lado a lado una hora de trabajo de la “edad de piedra” y una hora de trabajo en Silicon Valley con la convicción que habrá igualación de salarios, se propone que ciertas naciones y

grupos sociales se especialicen en ser pobres. Buscar los puntos y áreas en que los costos de producción resulten más bajos, dividiendo las etapas de producción, ha sido el principio de utilización de los territorios nacionales periféricos por parte de las grandes corporaciones globales.

Confundiendo ingenua o deliberadamente crecimiento con progreso o desarrollo, se ha tomado el aumento de indicadores macroeconómicos como sinónimo de mejoría de las condiciones generales de vida y de producción. Es una interpretación distorsionada criticada por autores como Santos (1999, 2001), Hamilton (2006) y Dowbor (2009). Un indicador como el PBI, por ejemplo, carece de contenidos territoriales y olvida las diferencias socioespaciales de una nación (Santos, 1999, 2001), no incluye actividades fundamentales para el bienestar porque no son transacciones monetarias (Hamilton, 2006) y mide el flujo de medios pero no el alcance de los fines, pudiendo registrar un desastre ambiental como crecimiento de la economía en función de la producción de servicios para resolverlo (Dowbor, 2009).

Sin embargo, a pesar de la hegemonía de esa división territorial del trabajo y de sus respectivos discursos, existe una profunda interdependencia entre actores en el lugar, pues unos trabajan para otros, aunque las relaciones sean desiguales. Milton Santos (1996: 256) escribe que “*el territorio compartido impone la interdependencia como praxis*”. En ese contexto, las áreas menos tecnificadas, capaces de abrigar comportamientos no fundados en las técnicas de acción, aparecen como “irracionales”. Frecuentemente, hay desconstrucción o deformación de la razón global en ciertas áreas del espacio banal, por lo cual podríamos pensar que el espacio banal termina por ser una norma para las acciones en curso.

Lo cierto es que hoy la riqueza producida por la economía superior no puede entenderse sin la pobreza de la economía inferior que se perpetúa. No es la lógica globalizada del producto sino la dinámica del lugar que es incompletamente globalizada que apuntará caminos para captar la diversidad sin perder la totalidad. No es sorprendente, entonces, que las formas y nexos de la economía globalizada estén presentes entre los pobres, en las divisiones territoriales del trabajo que permiten su supervivencia, en sus formas de consumo muchas veces imitativas, en las relaciones de dependencia, subordinación y verticalidad con los actores hegemónicos. Es el retrato contemporáneo, pues el espacio banal es más que nunca un complejo enrejado de divisiones del trabajo.

4. Unidades y demandas

Ningún período antes de la globalización conoció una interdependencia planetaria de los eventos, que puede ser reconocida a partir de tres tendencias constitucionales: la unicidad técnica, la convergencia de los momentos y la unicidad del motor (Santos, 1996).

En primer lugar, la unicidad técnica señala la posibilidad histórica de producir en todos los puntos del planeta y crear un producto global a partir de un único sistema técnico. Esto se realiza gracias a la técnica de la información, que permite la fluidez de las órdenes y la unificación de las etapas del trabajo. No se trata, con todo, de la presencia única de una técnica única, sino de un denominador común, es decir, todas las formaciones socioespaciales refiriéndose a ese molde. Zaoual (2006) ilustra ese fenómeno cuando compara los paquetes tecnológicos impuestos a las sociedades del Tercer Mundo con misiles de destrucción.

Entre las manifestaciones más visibles de esa tendencia podemos mencionar la integración de las plazas financieras que, junto con la transformación de los instrumentos financieros, han posibilitado mayor eficacia en los procedimientos que permiten mantener el capital bajo la forma dinero. Otras técnicas permiten producir información, alimentar los bancos de datos y así aumentar el *handicap* entre los oligopolios y las demás empresas. Mattelart (2009) nos ofrece inúmeros ejemplos tales como las tecnologías de códigos de barra, el lenguaje del *scanner* y el *peoplemeter* en televisión que permite medir la audiencia. Otro dato de nuestra época es la convergencia digital de los medios, es decir, la creación de un lenguaje digital común entre audio, video y transmisión de datos, que permite la *commodification*. En otros términos, la digitalización permite dividir la producción entre lugares, normalizar las formas, multiplicar las ofertas y, en definitiva, aumentar los lucros.

Esa nueva base material es causa y consecuencia de la convergencia o unicidad de los momentos, que constituye la segunda tendencia. La técnica de la información posibilita el conocimiento instantáneo de eventos lejanos y, de ese modo, la percepción de la simultaneidad. Esto nos revela, por lo menos, dos fenómenos importantes. El primero es un conocimiento recíproco de los eventos que fortalece su interdependencia, afectando la naturaleza de la acción recíproca. Surge una nueva socialidad, a la cual García Canclini (2007: 76) denomina “tecnosocialidad”. El segundo es que se vuelve posi-

ble difundir una forma de pensamiento en condiciones monopólicas, como señala Emir Sader (2009).

Ese discurso único se manifiesta, entre otros elementos, en la ideología del crecimiento y del consumo, en la responsabilidad social empresarial y en la ubicuidad de la propaganda, cuya eficiencia es creciente gracias a nuevos campos científicos como el *neuromarketing* (Mattelart, 2009), que permite la asociación de zonas cerebrales a estímulos de marcas para ampliar o consumo. En este sentido, podríamos hacer propias las palabras de Lull (1997) cuando expresa que el pensamiento organizado nunca es inocente.

No menos importante, la tercera tendencia es la emergencia de una plusvalía mundialmente generada aunque concentrada en manos de un puñado de firmas-red, *holdings*, bancos, fondos de inversión, de pensión y “oscuros”, aseguradoras, entre otros agentes globales. Sennet (2006) reconoce dos estrategias corporativas principales: de un lado, la construcción en plataforma que posibilita la transformación de bienes básicos y semejantes entre sí en marcas a partir de pequeños cambios y, de otro lado, la desproporción entre personas contratadas por las grandes empresas y su enorme influencia cultural sobre las capacitaciones personales, la cultura de consumo y la política. Nada de eso ocurre sin el apoyo de regulaciones nacionales e internacionales, en las cuales el Estado negocia la intersección entre la ley nacional y las actividades de actores económicos extranjeros, creando nuevas legalidades, es decir, nuevas normatividades dentro del Estado (Sassen, 2007).

Entretanto, puede observarse una relación directa entre el aumento de las acciones calculadas y de las acciones “irracionales”. Cuanto mayor la racionalización del espacio, más significativas son las formas de la llamada “irracionalidad” y más alto el número de desconformes. De allí la creciente necesidad de discurso para producir convencimiento. Frecuentemente, el mercado—externo e interno—suele ser presentado como una realidad unitaria, homogénea y global, que sólo puede vincularse con la división territorial del trabajo hegemónica, reconocida como moderna y propia de la economía superior. Sin embargo, el mercado es, al mismo tiempo, único y segmentado, heterogéneo, mundial, nacional y regional. Por esa razón, hace posible la existencia de otras divisiones territoriales del trabajo. El mercado real no es una abstracción de la macroeconomía, sino que es territorial.

De ese modo, la división territorial del trabajo hegemónica demanda técnicas de alto desempeño y velocidad, susceptibles de producir fluidez y autonomía en la esfera financiera o información económica ventajosa para realizar negocios de gran escala. En la producción hegemónica la demanda se orienta a las técnicas rígidas e invasoras, que desprecian las solidaridades con técnicas más antiguas, mientras que en la circulación, las grandes redes se vuelven inexorables. En ese contexto también surge una demanda para lo que Mattelart (2009) denomina “técnicas de intrusión”, es decir, aquellas que producen bio-registros, que pueden escanear rostros y compararlos con registros anteriores, que controlan multitudes en movimiento y comportamientos sospechosos.

En todos esos casos la técnica es vista como un absoluto, como un dato inexorable, despertando formas de imitación en la dominación y contribuyendo para la producción de nuevos totalitarismos. En palabras de Thierry Gaudin (1978), son las técnicas que responden a la “demanda del príncipe”, pues utilizan medios importantes y *experts*, amplían sin inventar, sirven al poder y les es difícil producir los objetos simples que liberan al hombre de sus esfuerzos cotidianos.

Pero existen, ciertamente, otras demandas técnicas que responden a las demás divisiones territoriales del trabajo. Se trata, en el decir de Gaudin (1978) y de Santos (1996), de técnicas divisibles, flexibles, dulces y dóciles, porque requieren inteligencia para funcionar y responden a usos y escalas distintos. Es el caso de las pequeñas fábricas de gaseosas (Grimm, 2002) o de tejidos (Borin, 2002), las pequeñas tiendas que agrupan actividades tan diversas como zapatero, encuadernación, fotocopias, recarga de cartuchos de impresora, fabricación de sellos, plastificación y fumigación (Montenegro, 2006), los pequeños laboratorios farmacéuticos y de productos fitoterapéuticos y distribuidoras de medicamentos (Bicudo, 2006), los estudios pequeños y medianos de grabación de música (Creuz, 2008) y de producción audiovisual (Ferreira, 2008), las editoriales pequeñas y medianas (Arruda, 2008), la reparación de instrumentos y equipamientos médicos (David, 2009), el comercio de bebidas (Di Nucci, 2009), entre otros.

Esa es, tal vez, su principal diferencia con las técnicas del período industrial. En ese sentido, las palabras de Berger (1964: 233) renuevan su significado cuando asevera que los objetos consumen inteligencia durante toda su vida útil. Diferentemente a los objetos dichos inteligentes en función

de su grado de automatización, estas técnicas requieren inteligencia en sus combinaciones y aplicaciones. Podríamos decir con Martín-Barbero (2006) que son los usos populares de lo banal. Para diferenciarlas de las técnicas que responden a las demandas del príncipe, Gaudin (1978) las denomina técnicas populares porque, en su entender, resultan del hacer y de la imaginación de un gran número de personas, inventando objetos útiles para la vida cotidiana, aunque su éxito busca ser ocultado o confiscado (Gaudin, 1978).

En esa concepción, diversas dimensiones de la vida social revelan la necesidad de una mayor tecnificación. Instrumentos y máquinas útiles podrían reducir o hacer desaparecer numerosas tareas que requieren considerable esfuerzo físico o conducen a una cierta alienación. Aún hoy, en un periodo de automatismos y de tecnologías espaciales, subsiste, por ejemplo, el transporte o movimiento de cargas a tracción humana o las tareas excesivamente repetitivas en las máquinas. Evidentemente que si la técnica permite liberar al hombre del trabajo y conducirlo a tareas más creativas, deben crearse las condiciones políticas para evitar el desempleo y para crear nuevos papeles sociales igualmente necesarios.

Asimismo, el conjunto de demandas insatisfechas constituye un mercado social importante para el desarrollo de esas “técnicas populares”. Los consumos sociales en situaciones plurales de ingreso, de localización, de cultura, de capacidades han sido históricamente vistos como gasto y como un problema de balance deficitario entre recaudación y redistribución de los dineros públicos. Además, en la medida que los oligopolios se vuelven centrales en la economía y en el territorio de una nación, esas demandas insatisfechas tienden a crecer, al tiempo que el Estado invierte sus recursos en las necesidades de la microeconomía de esas empresas. La oligopolización acelera la mortalidad de pequeñas firmas que, con una combinación propia de técnicas, ofrecían empleo y productos y así contribuían a un desarrollo más endógeno. La consecuencia es, entonces, doble. De un lado, las mayorías no encuentran respuestas a sus necesidades y, de otro, el Estado se empobrece. El círculo vicioso se agrava.

Simultáneamente, existe una demanda insatisfecha de ciudadanía y técnica que podría señalarnos nuevas formas de empleo. Por ejemplo, la necesidad de audio-libros para no videntes y otros dispositivos para personas con capacidades diferentes. Attali (2008: 113) llega a imaginar un futuro próximo en el cual los prototipos de *robots* domésticos conectados a Internet

se difundirían auxiliando a esas personas. Por otra parte, es importante pensar y formular mecanismos que puedan fortalecer la ciudadanía frente al *make your self* generalizado del mercado que se expande no sólo en comercios, servicios, bancos y transporte, sino también en la propia administración pública a través de automatismos. Son formas de intolerancia porque excluyen a quien no es considerado “suficientemente inteligente o capacitado” y, normalizándolas, ignora las situaciones específicas de los ciudadanos. El pleno ejercicio de los derechos demanda los empleos necesarios para establecer y restablecer la cohesión entre los ciudadanos y con el poder público. Es, de ese modo, que puede ejercerse un contrapeso a los agentes con mayor fuerza para usar el territorio. Por lo tanto, la técnica —entendida como objetos y formas de trabajar— no puede ser vista sólo como una respuesta a las demandas del príncipe, sino como una mediación para obtener una sociedad más igualitaria. No se trata de recrear el ludismo, sino de reivindicar nuestra atribución de reconocer los problemas en las situaciones geográficas específicas.

Los bienes y servicios de interés común deberían ser entendidos como un derecho legítimo de distribución universal. Cuando la oferta pública no llega a todas las personas y a todos los lugares crece la oferta mercantil, que es una respuesta segmentada y parcial a esos reclamos. Como para la producción mercantil la demanda que interesa es una demanda solvente, ciertos lugares y estratos sociales son poco interesantes *a priori*, a menos que la solvencia sea creada por medio del crédito bajo sus diversas formas. Sin embargo, la imposición de una velocidad a las demandas termina por crear deudas sociales y pobreza. Son fragmentaciones socio-espaciales que producen cortocircuitos en el ejercicio de la ciudadanía.

Parece bastante evidente que el proceso acumulativo es exponencial y que sus causas no pueden naturalizarse como lo intenta el discurso dominante. Las razones deberían buscarse en decisiones políticas como la distribución de recursos y la imposición de ciertas técnicas y normas que excluyen a un enjambre de agentes y actividades.

Una nación preocupada con el ejercicio de una ciudadanía fuerte y plena no podrá tolerar que las ofertas de educación, salud, transporte y otros bienes y servicios de interés común se realicen según la capacidad económica de los actores. No es posible concordar con una discriminación *ab initio*, sea socioeconómica o territorial. Y, cuando la nación acepta un *handicap* en la

distribución de los bienes esenciales, la desigualdad entre ciudadanos tiende a ser estructural.

En consecuencia, las unicidades técnicas, informacionales y financieras son, al mismo tiempo, productoras de desigualdades y diversidades. Es una gran paradoja de nuestro tiempo... La cuestión no es insistir en ver la diversidad como separación, sino en entender los nexos entre lugares y personas y preguntarnos: ¿cuál es la racionalidad?, ¿cuál es el resultado colectivo?, ¿qué nexos y dispositivos podríamos crear para disminuir la desigualdad y la subordinación? ¿Cómo mantener la diversidad superando la desigualdad?

5. Pensando el futuro

La dinámica de las situaciones presentes contiene futuros posibles. Por un lado, nuevas técnicas y combinaciones políticas se desarrollan para aumentar la fluidez y ampliar los controles, producir la riqueza ostensiva, desvalorizar los demás trabajos con la consecuente producción de pobreza estructural (Santos, 2000) y fabricar nuevos universos simbólicos que sustenten la división territorial del trabajo hegemónica. Entretanto, la producción de racionalidad es concomitante a una pérdida de sentido para la mayor parte de la sociedad.

Describiendo la forma actual del capitalismo, Jacques Attali (2008: 99) observa que la seguridad del sistema está en peligro, la clase creativa no es más leal, los progresos técnicos industrialmente explorables son cada vez más lentos, la economía es cada vez menos rentable, la especulación financiera cada vez más desenfrenada. Por eso el autor francés vaticina que en treinta años la forma actual del capitalismo encontrará límites.

Sin embargo, los límites ya se hacen visibles. De allí que fortaleciendo un sistema creado para imponer límites no podremos ampliar los horizontes. Hoy, los asistencialismos se naturalizan y se vuelven recurrentes, coexistiendo con el poder intacto de los motores financieros del período. Cuando se impone una nueva división territorial del trabajo que tiende a ser única, volviendo subalternas a las demás, se desvalorizan las demás formas de trabajo y, en consecuencia, aumenta la pobreza.

En ese contexto, las políticas asistenciales pueden ser necesarias pero no resuelven los problemas centrales. Siguiendo a Rosanvallon (1995: 122-

123) podríamos decir que el principio de una utilidad recíproca entre los miembros de la sociedad significa el derecho a la inserción social por el trabajo, pero también el derecho a la utilidad, es decir, el derecho a vivir de su trabajo y de asociar sus ingresos al reconocimiento de una función social. Los límites a la inserción adquieren visibilidad en el territorio ya que, cuando un oligopolio se instala en un lugar, una forma de trabajo subordina o hace desaparecer a las demás, disminuyendo sus excedentes y su posibilidad de existencia. Frecuentemente el discurso asocia esa dinámica al crecimiento regional y a los “inevitables” costos de la modernidad.

Pero otras técnicas y, especialmente, otras combinaciones técnicas son posibles y pueden fortalecer la contigüidad y la solidaridad orgánica frente a la fuerza de esos vectores globales. ¿Y si pudiéramos usar la sofisticación técnica para usos masivos o populares? Para algunos pensadores, estaríamos comenzando a vivir la era de lo artesanal, en la cual una técnica menos normatizada y más creativa puede apuntar soluciones a los problemas de la contemporaneidad.

Zaoual (2006) es enfático en rechazar el “imperio tecnocrático” y sus “tendencias uniformizantes” porque, como afirma Amartya Sen (2008: 41), “*la principal esperanza de armonía en nuestro mundo atormentado reside en la pluralidad de nuestras identidades*”. Los hombres, continúa Zaoual (2006) necesitan utopías largamente meditadas a partir de sus propios contextos o, como quiere Sartre (1990), considerar al hombre en situación. La diversidad es también señalada por Chatterjee (2008: 62) cuando defiende que no hay un tiempo homogéneo del capitalismo, sino un tiempo heterogéneo, desigualmente denso que constituye la historia.

En esa heterogeneidad los hombres lentos descubren que las imágenes prefabricadas de la globalización son espejismos y fabulaciones (Santos, 1996: 261). Ellos buscan un futuro soñado como carencia a satisfacer, sea de consumo material o inmaterial, político, de participación y ciudadanía (Santos, 1996: 261). Ese futuro es imaginado o entrevisto en la abundancia del otro y en las posibilidades presentadas por el mundo y percibidas en el lugar.

Por ello, el intercambio entre personas multiplica los acontecimientos, las demandas, las relaciones, los símbolos. Es fundamental ver, en los lugares, la forma en que se hace política, se usa la técnica, se crea cultura, se produce el mercado, para comprender la emoción, la desobediencia, la espontaneidad,

el pragmatismo, la “irracionalidad” que impregna las acciones. De ese modo tal vez puedan exorcizarse las soluciones globalistas, aún cuando éstas se pretendan locales, pues lo que realmente interesa es descubrir las formas del “existencialismo territorial” que es un pragmatismo mezclado con la emoción a partir de los lugares y personas juntas (Santos, 2000).

La vida y los mercados son esencialmente plurales en los lugares, así como sus necesidades de técnicas. Por ello, la voz de los lugares debería ser oída, no para discutir el mercado global, sino para discutir la Nación. Ante tantos nuevos desafíos de un mundo complejo, es el momento de preguntarnos ¿qué rumbos le daremos a nuestra Geografía?

Bibliografía

- ARRUDA, Livia (2008). *Divisões territoriais do trabalho e produção editorial: o circuito superior marginal na cidade de São Paulo*. Trabajo de Grado Individual. Departamento de Geografía, CNPq-Universidad de San Pablo.
- ATTALI, Jacques (2008). *Uma breve história do futuro*. São Paulo: Novo Século.
- BERGER, Gaston (1964). *Phénoménologie du Temps et Prospective*. Paris: Presses Universitaires de France.
- BICUDO Junior y EDISON, Claudino (2006). *O circuito superior marginal: produção de medicamentos e o território brasileiro*. Tesis de Maestría. Departamento de Geografía, Universidad de San Pablo.
- BORIN, Paula (2003). *Divisão Interurbana do Trabalho e Uso do Território nos Municípios de Águas de Lindóia (SP), Lindóia (SP), Serra Negra (SP), Socorro (SP) e Monte Sião (MG)*. Tesis de Maestría. Departamento de Geografía, Universidad de San Pablo.
- CHATTERJEE, Partha (2008). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires: Siglo XXI-CLACSO.
- COHEN, Yves y TARNERO, Jacques (1994). “Introduction”, *Alliage*, nº 20-21. Pour penser la technique, automne-hiver, pp. 9-14.
- CREUZ, Villy (2008). *O direito à voz no território. Circuitos da economia urbana e a produção musical nas cidades de São Paulo, Porto Alegre, Rio de Janeiro e Goiânia*. Trabajo de Grado Individual. Departamento de Geografía, CNPq-Universidad de San Pablo.
- DAVID, Virna Carvalho (2009). “O território usado e os circuitos da economia urbana para a saúde no período da globalização: o exemplo dos equipamentos médico-hospitalares no Estado de São Paulo” en XIII Encontro Nacional da ANPUR, Sessão Livre “Globalização e cidades na América Latina: os circuitos da economia urbana”. Florianópolis.
- DI NUCCI, Josefina (2009). “O comércio de bebidas nos estabelecimentos do circuito inferior da economia nas cidades argentinas (Tandil, Mar del Plata e Buenos Aires)” en XIII Encontro Nacional da ANPUR, Sessão Livre “Globalização e cidades na América Latina: os circuitos da economia urbana”. Florianópolis.
- DOWBOR, Ladislau (2009). “O debate sobre o PIB: estamos fazendo a conta errada”, 26 de setembro de 2009, <http://dowbor.org>.
- ELLUL, Jacques (1968). *A técnica e o desafio do século*. Rio de Janeiro: Paz e Terra (1954).
- FERREIRA, Camila de Sousa (2008). “O circuito superior marginal e a produção de áudio e vídeo na cidade de São Paulo”. Informe de Beca de

- Iniciación Científica. Departamento de Geografía, CNPq-Universidad de San Pablo.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2007). *Lectores, espectadores e internautas*. Barcelona: Gedisa.
- GAUDIN, Thierry (1978). *L'écoute des silences, les institutions contre l'innovation?* Paris: Union Générale des Éditions.
- GIDDENS, Anthony (1987). *La constitution de la société. Éléments de la théorie de la structuration*. Paris: Presses Universitaires de France.
- GOTTMANN, Jean (1975). "The evolution of the concept of territory", *Soc. Sci. Information*, v. 14, n. 3/4, pp. 29-47.
- GRIMM, Flávia (2003). *Uso do território e coexistências de empresas de refrigerantes no Brasil*. Tesis de Maestría. Departamento de Geografía, Universidad de San Pablo.
- HABERMAS, Jürgen (1994). *Técnica e Ciência como "Ideologia"*. Lisboa: Edições 70.
- HAMILTON, Cleve (2006). *El fetiche del crecimiento*. Pamplona: Lactoli.
- LADRIÈRE, Jean (1977). *Les enjeux de la rationalité. Le défi de la science et de la technologie aux cultures*. Aubier-Montaigne/Unesco.
- LATOUR, Bruno (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- LULL, James (1997). *Medios, comunicación, cultura. Aproximación global*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LYOTARD, Jean-François (1990). *OPós-Moderno*. 3ª ed. Rio de Janeiro: Olympe.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (2002). "Tecnidades, identidades, alteridades: des-ubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo" en *Diálogos de la Comunicación*, www.infoamerica.org/teoria/martin_barbero1.htm, pp. 8-23.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich (1984). *A ideologia alemã*. São Paulo: Moraes.
- MATTELART, Armand (2009). *Un mundo vigilado*. Barcelona: Paidós.
- MONTENEGRO, Marina Regitz (2006). *O circuito inferior da economia urbana na cidade de São Paulo*. Tesis de Maestría. Departamento de Geografía, Universidad de San Pablo.
- PERRON, François (1961). *L'économie du XX siècle*. Paris: Presses Universitaires de France.
- PRADES, Jacques (1992). *La Technoscience. Les fractures des discours*. Paris: L'Harmattan.
- REINERT, Erik S. (2007). *La globalización de la pobreza. Cómo se enriquecieron los países ricos... y por qué los países pobres siguen siendo pobres*. Barcelona: Crítica.
- RICHTA, Radovan (1974). *La civilización en la encrucijada*. 2 ed. Madrid: Ayuso.
- ROSANVALLON, Pierre (1995). *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*. Buenos Aires: Manantial.
- SADER, Emir (2009). *A nova toupeira. Os caminhos da esquerda latino-americana*. São Paulo: Boitempo.
- SANTOS, Milton (2001). "O novo século das luzes" en *Folha de S.Paulo, Caderno Mais*, 14/01/2001.
- SANTOS, Milton (2000). *Por uma outra globalização. Do pensamento único à consciência universal*. Rio de Janeiro: Record.
- SANTOS, Milton (1999). "O chão contra o cifrão" en *Folha de S.Paulo, Caderno Mais*, 28/02/1999.
- SANTOS, Milton (1996). *A natureza do espaço. Técnica e Tempo. Razão e Emoção*. São Paulo: Hucitec.
- SARTRE, Jean-Paul (1990). *Situations Philosophiques*. Paris: Gallimard.
- SARTRE, Jean-Paul (1979). *Crítica de la Razón Dialéctica*. 3 ed. Buenos Aires: Losada.
- SASSEN, Saskia (2007). *A Sociology of Globalization*. New York-London: Contemporary Societies, Jeffrey C. Alexander, Norton & Company.
- SEN, Amartya (2008). *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Buenos Aires: Katz.
- SENNET, Richard (2009). *O artífice*. Rio de Janeiro: Record.
- SENNET, Richard (2006). *A cultura do novo capitalismo*. Rio de Janeiro: Record.
- SILVEIRA, Maria Laura (2006). "O espaço geográfico: da perspectiva geométrica à perspectiva existencial", *Geosp*, vol. 19. Universidad de San Pablo, pp. 81-91.

- SORRE, Maximilien (1950). *Les Fondements de la Géographie Humaine*, tome II Les Fondements Techniques. Paris: Armand Colin.
- TARDE, Gabriel (1895). *As leis da imitação*. Porto: Res. (Reimp. s/fecha).
- VALLAUX, Camille (1914). *Geografía Social. El Suelo y el Estado*. Madrid: Daniel Jorro.
- WEBER, Max (1958). *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. New York: Charles Scribner's Sons.
- ZAOUAL, Hassan (2006). *Nova economia das iniciativas locais: uma introdução ao pensamento pós-global*. DP & A, Consulado Geral da França, COPPE/UFRJ.